

VIII

Músico preso por desfalco

Nadie de la familia Olaya sintió jamás afecto por ese infortunado pariente a quien Marino, por pura demagogia, pretendía sepultar solemnemente atribuyéndole virtudes proceras. Chinino Barcia no sólo fue un borracho sin Dios ni Ley sino, además, un sátiro, un ladrón, un loco. Su demencia lo salvó de regresar a la cárcel. Ladera, el padre Brito y Cairote lo llevaron dos días después del crimen al manicomio.

Por razones opuestas Vicente Barcia no supo adoctrinar sabiamente a eso su último vástago varón salvado a tiempo de la guerra civil. Los otros cuatro, rebelados contra su intransigente gazmoñería, afiliáronse al bando liberal y murieron en la inútil matanza de la guerra civil.

Desde su nacimiento Chinino Barcia trajo consigo la tristeza. Murió la madre al darlo a luz y aunque el neonato no tuvo parte en esa muerte dejó en el padre el más profundo resentimiento.

Los ancianos de la isla decían que Papa Chente le pegaba a Chinino como con rabia vengativa. Lo erróneo del sistema, opinaban, no consistía tan sólo en la crueldad del castigo sino en la compasión que, arrepentido, sentía Vicente Barcia, pues tras cada paliza se condolía hasta el punto de consolar al hijo regalándole plata para que la invirtiera a su gusto aconsejándole, eso sí, no gastarla ni en bebidas alcohólicas ni en juego, lo cual era como llover sobre mojado ya que el dinero en manos de Chinino sólo servía para olvidar sus desventuras despilfarrándolo en mujeres tragos y dados.

Desde sus tiernos años, Chinino hizo prodigios con el fin de ganarse la voluntad del padre. Fue un alumno ejemplar y aun prometió graduarse de abogado según deseaba Papa Chente.

Basado en tal consigna logró mudarse a la ciudad capital y de ese modo se liberó de la tutela paterna. Sin embargo, durante los tres meses de vacaciones debía volver a la isla, trabajar en la finca y desollarse como un peón ordinario cargando frutas con el motete al hombro desde el cerro a la playa vestido humildemente y descalzo.

La más profunda aspiración de Chinino desde su adolescencia fue la música. Quería ser violinista. Papa Chente no transigía del todo con el arte como ideal absoluto. En nuestra tierra, decía, los abogados ganan más que los músicos. Sin embargo, le pareció muy bien que Chinino aprovechara sus horas libres estudiando solfeo y violín con un maestro privado. Con tal fin le compró un violín barato muy usado y de porte tan impropio de un niño que Chinino difícilmente lo pudo nunca manejar. Para colmo de males, el estuche, deshecho e inservible tuvo que ir a parar a la basura. Chinino procuró ingeniárselas y, a la buena de Dios, le hizo una caja que, pintada de negro, parecía un ataúd de caridad. Cuando iba a dar sus clases cargando su mortaja sentía vergüenza imaginando en su ser íntimo que la gente se le quedaba viendo en son de burla. Llegaba sudoroso y, sin hacerse notar, se incorporaba al grupo de los demás alumnos, quienes, por molestarlo, le decían: Saca tu muerto del ataúd. Al llegarle su turno debía ponerse en pie frente al atril bajo la irónica mirada del maestro. Nervioso y tímido, Chinino desafinaba siempre. No conseguía el dominio de su instrumento como lo hacían los otros chicos que poseían violines adecuados a su estatura. El dómine, casi siempre impaciente y malgeniado, provocaba la risa del pupilaje soltando chistes de mal tono e ironías referentes al enorme instrumento de Chinino, pues quien usa camisa de once varas deja bien colegir que más grande era el difunto.

Desanimado y triste, Chinino dejó de asistir a sus clases de música, pero como algo había aprendido y, además de tener muy buen oído, poseía cierta magia musical, años más tarde, siendo ya adolescente, logró ser admitido en los pequeños conjuntos que ejecutaban melodías bailables. Ebrio, al amanecer, le agradaba deambular serenamente en tono de bohemia romántica.

Alojado en pensiones de mal vivir, sentíase dueño y señor de su destino. Bebía, jugaba y parrandeaba con otros estudiantes y a veces frecuentaba los bailamones de los barrios prohibidos. Lo que más le agradaba en esas noches eran los cogenalgas que se armaban y las peleas con tiros y armas blancas.

Era Chinino quien de modo invariable contratava a los músicos que, año tras año, amenizaban los festejos de la Semana Santa en la isla. Junto al Santísimo Sepulcro engalanado con profusión de flores y velas encendidas, Chinino se sentía Paganini cuando, al unísono con las Hijas de María, tocaba el triste **Stabat Mater**. Las notas melodiosas que él lograba sacarle a su violín superaban con creces al coro juvenil e íntimamente lo hacían sentir nostalgia del violinista que quiso ser.

A Chinino nada le era tan grato como el **baile de cuerda** organizado por las Damas Católicas la noche del Sábado de Gloria con miras a propiciar noviazgos y fomentar casorios. Los incansables músicos tocaban hasta el amanecer y aún tenían ánimos para seguir sollándose tras el Jesús Resucitado. En la fresca penumbra matutina las andas, cargadas por gente ebria, daban bandazos de un lado a otro haciendo bambolear de lo lindo tanto a San Juan como a la Virgen y a las demás imágenes.

Lo que sí detestaba Chinino eran las estaciones del Jueves Santo cantadas con voz rauca por Papa Chente. Un grupo de mujeres enlutadas, con velas encendidas, emprendía desde tempranas horas de la noche su romería de calle en calle, arrodillándose a rezar en los sitios donde campeaba alguna Cruz entre retablos de luces y encajes. Vicente Barcia cantaba con monótono sonsonete **la pasión de Jesús, muerte y baldones** y Chinino entonaba la melodía con su violín acompañado por Cucho el lamparero a base de golpes de tambor que en el silencio de la noche resonaban de modo lúgubre.

Graduado al fin de bachiller, logró viajar a los Estados Unidos. En vez de leyes quiso estudiar comercio, diplomacia, turismo. No superó las pruebas, pero aprendió el inglés y algo de contabilidad. Los pocos créditos que trajo le permitieron emplearse de **timekeeper** y ascender lentamente hasta alcanzar medianos sueldos en el discriminado **silver roll** de la Zona del Canal.

De la noche a la mañana lo echaron. Era lógico que así hubiera sido, pues aparte de la chinga, lo que más le agradaba a Chinino era despilfarrar su dinero con las cabaretistas gringas de los **nightclubs**.

Los amigos políticos de Papa Chente se ingeniaron para que lo nombraran Cónsul en Hong Kong, puerto muy codiciado por los frecuentes abanderamientos de naves y por el contrabando de drogas. No se lo hubieran concedido a Chinino de no mediar la astucia e interés de Marino Olaya y

Celmiro Talavera, que eran muy influyentes. Ganada la partida, ambos se concertaron con Chinino. Le explicaron las fórmulas del robo y sin más trámites lo empaquetaron, pero eso sí...

—Ganas tu sueldo y el diez por ciento de lo restante. No te olvides de enviarnos los respectivos giros al portador.

Según la clave acordada con sus cómplices, Chinino envió a la Dirección Consular una primera remesa de cinco mil dólares en efectivo o sea en billetes de a mil. Astutamente prefirió no certificar la carta que, remitida por correo marítimo, demoró bastante tiempo en llegar. De la oficina consular le acusaron recibo de esos primeros cinco mil dólares, advirtiéndole el peligro de enviar dinero en efectivo y sin certificación. De manera contundente le exigían hacerlo mediante giros bancarios. Chinino contestó que ignaro de tales especificaciones ya había hecho una segunda remesa de 75 billetes de a mil en efectivo. Ese dinero metafórico jamás logró llegar a su destino. A Chinino lo hicieron reportarse a la base pero no le pudieron probar nada en concreto. Dijo que esa remesa había sido robada por alguien poco honesto de la oficina consular y que él estaba dispuesto a declarar y hasta hacer un escándalo por la prensa. Como una prueba irrefutable tenía consigo la nota que le enviaron como acusa recibo de la primera remesa. Lo dejaron cesante y, además, sin dinero pues él habla despilfarrado su plata en los casinos y cabarets de lujo. Marino consiguió colocarlo de cajero en un banco y allí fue Troya. Se enamoró perdidamente de una gringa cabaretera que era hábil tocadora de clarinete y con ella, alegando suerte en la lotería, gastaba a tutiplén la plata ajena. Lila, a quien todos llamaban Laila, creyéndolo hombre rico, abandonó su triste vida de cabaret y se casó con Chinino quien la llevó a vivir en la casita del mirto, en la isla, junto con Papa Chente. Laila, encinta, se aburría de lo lindo, pues Chinino sólo la visitaba los fines de semana. Era entonces cuando formaban duetos caprichosos de clarinetes y violín a los que a veces unía Gringo Saldaña su cornetín.

Mientras estuvo grávida., Laila se comportó discretamente. Cuando no se bañaba en el mar tocaba su instrumento o charlaba con la gringa McLean o con Saldaña.

Al dar a luz atendida por Balbina, nació una niña que fue enseguida bautizada con el nombre de Laila; con todo y eso, Papa Chente la llamó Leila.

Al poco tiempo de haber nacido la hija, Chinino fue a la cárcel por el desfalco. Papa Chente se pegó de Marino y éste de Talavera. Para pagar los gastos de abogado y reembolsar la suma robada, Vicente Barcia no tuvo más remedio que hipotecar su finca.

La gringa Laila se pasaba las noches en el hotel de la McLean, tocando su instrumento, bebiendo y negociando su cuerpo con éste y con aquél. Una noche no regresó a la casa. Papa Chente se quedó con la niña.

Talavera y Marino se robaron el monto de la hipoteca.

Chinino permaneció en la cárcel.

IX

¡Soberbio, Majestad! ¡Tiro certero!

En el rellano, bajo copudos mangos, tras la escuela, Felipe se paseaba esa noche mientras hacía sus cálculos esperando a Cirila.

La luna delineaba sobre los blancos muros de la escuela las sombras de los árboles y el viento las movía de un lado a otro.

Los murciélagos hacían caer los mangos y lanzaban estridentes chillidos.

Se escuchaba el silbido de la brisa. Varios sapos croaban.

Felipe se iba sintiendo inquieto e impaciente por la demora de Cirila. No le agradaba, aquella soledad plagada de sonidos misteriosos. Era el sitio por donde andaba el duende. Se decía que las brujas también hacían allí sus aquelarres.

Por fin llegó Cirila. Se abrazó a él y se besaron gozosamente. Felipe sintió un sabor extraño.

—¿Qué tienes en la boca?

—Es hierbabuena. Me perfuma el aliento.

Ardía. Besaba como una sanguijuela. ¿Hierbabuena? ¿No será brujería? Las cholas y manutas son expertas en plantas y hechizos.

Echan macuá. Son capaces de conchavarlo a uno con ellas **persécula seculorum**.

—La señora no ha hecho más que llorar por su perrita. Nos echa a ambos la culpa. Sí, a ti también. Dice que va a hablar con el Ñopo.

—Betín también me culpa por su pandero. Ni me di cuenta cuando esa condenada corneta cayó al mar. Ya veremos cómo zafamos del embrollo.

Carolín es una chica culeca. No hace otra cosa que provocar a los muchachos. Cualquier día puede buscarse un problema. Menos mal que Betín es como un santo. Yo pienso, sin embargo, que eso que le ocurrió a Fiff es un mal presagio, pues Carolín al Son que le tocan baila.

Carolín era el legado del prócer. Felipe estuvo a punto de juparle los perros pero creyó más oportuno frenarse. Con esta gente de la **creme** nunca se sabe. Tal vez podrían enviarme a chirona por los días de mi vida. Sin embargo, Felipe hizo tanteos y se dio cuenta de que era una gran lástima dejarla, pues Carolín estaba madurita. Con el toque más simple, con la menor caricia se vendría abajo.

La Nena barruntaba que Carolín era precoz. El padre Amado, consultado por ella, llamó a Betín y le encargó el cuidado de la niña.

—No creo que esa Cirila sirva ni para trapo de lampazo. Ella está más porque le ahuequen el ala. Betín, es preferible que tú acompañes a esa chica. Debes ser su ángel de la guarda.

Betín no puso peros, pero era un compromiso, pues él tenía sus miras sobre Milagro que estaba empeluchándose, volviéndose mujer. La sagrada y benéfica misión que el padre Amado le imponía daba al traste con los castillos en el aire que él venía haciéndose con su prima. ¿Qué iba a decir Milagro?

Betín tenía ya una experiencia amarga con Carolín. Por culpa de ella la gata asesino al pajarito. Bien se veía que el padre Amado tenía poca experiencia con mujeres. Quien peligraba era Betín, que, inocente como casta paloma, estaba en babia sin darse cuenta de que algo ardía.

La ascendencia procerca de Carolín y su aire de oligarca obligaban a Betín a presumir junto a ella. Por eso se vestía, se acicalaba, la acompañaba en sus paseos por el campo y la playa.

Una tarde, por la Semana Santa, Felipe se encontró con el cura. Éste reclamó su alejamiento de la iglesia. Le recordó que antes él siempre cooperaba y terminó diciéndole:

—Anda a la iglesia, sinvergüenza, de lo contrario, Dios te va a castigar.

Felipe fue.

Varias muchachas arreglaban las andas. A su lado, los novios martillaban, cortaban tablas, colocaban las pencas. Felipe no tenía muchas ganas de trabajar.

En una banca, junto a la entrada de la torre, vio a Cirila sentada. Ya la habla visto en otras ocasiones. Sabía que era la criada de Carolín.

—¿Qué haces aquí?

—Cuidando.

—¿A quién?

—A la niña.

—¿Dónde está?

—Está allá arriba, con Betín, en la torre.

—¿La cuidas desde acá? ¿Sabes acaso lo que puede ocurrir allá en la torre? Solitos allá arriba. Imagínate.

—No va a ocurrirle nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Betín es un bendito de Dios. Hay un hermano de la señora Nena que sí es un macho'e monte. Recién llegada yo del campo, el mes pasado, vino él de sus estudios en los States y al poco tiempo me había revolcado como un gallo. Ya se embarcó de nuevo. Yo creo que estoy encinta. Si la señora Nena se entera, me echa del puesto. Me gustaría abortar.

—Mi tía Faustina puede hacerte el mandado. Yo puedo conseguir que no te cobre.

—Dios te lo va a pagar con indulgencias.

—Prefiero que seas tú quien me lo pague con algo más concreto y substancioso.

Briosamente le hundió una mano en el escote.

—Si te agradan mis pechos...

—Me quedaré con ambos.

De repente Felipe vio brillar una luz. Alguien silbaba **yes we have no bananas**. Solamente Cairote, cuando estaba borracho, acostumbraba silbar tal melodía. Se ocultaron en una de las aulas. Al oscuro y sin chistar escucharon las pisadas del paco y su estribillo a cuyo cadencioso ritornello Pipe inició la siembra del banano con miras a evitar la escasez que preveía la balada.

—No seas tan brioso, negro. Vas a hacer ruido.

Felipe recordaba que en esa aula, por feliz coincidencia, él asistía de mala gana a las clases que daba la maestra Chabela, que entonces era joven y bonita. Todavía lo era.

Cuando don Plácido tuvo que hacer de Director, inspeccionaba aula por aula.

Refiriéndose a Pipe, la maestra Isabel solía decirle:

—A este tipo yo no se qué le pasa. Si no logra pavearse, se fuga siempre mentalmente.

—Es de temperamento soñador —decía Ladera.

En efecto, la maestra Chabela mostraba a los alumnos una lámina ilustrada en colores con animales de África; tigres, leones serpientes, cocodrilos, hienas, gacelas, elefantes, gorilas. La mente de Felipe, fugándose de clase, perdíase entre una selva de Africa o India. Ten cuidado, Felipe. Procura estar bien firme sobre el lomo del paquidermo. Son muy asustadizos. Apenas sienten el rugido de las fieras carnívoras se espantan y echan a huir. Tengo la carabina con muy buenos pertrechos. Apenas salga el tigre le voy a echar más bala que pepita de guaba. Innumerables negros repercutían tambores acorralando al tigre. El príncipe Felipe iba subido sobre un gran elefante. Varios hindúes golpeaban latas. Se oía el rugido de la fiera, que de pronto dio un salto. ¡Dispara, Pipe! Y al sonar el formidable estampido, la bestia dio una vuelta en el aire. Cayó al suelo definitivamente muerta. Un gran hurra acogió la proeza de Felipe el Hermoso. ¡Soberbio, Majestad! ¡Tiro certero! Se salvó de milagro ese rinoceronte. De qué rinoceronte está hablando, dijo el Señor Presidente Teddy Roosevelt. Con Una sola bala he atravesado a dos tigres de Bengala, macho y hembra, que copulaban descaradamente con su lustrosa piel manchada a trechos. ¿Qué les parece a ustedes esta lámina? La maestra Chabela les mostraba una bella y enorme tricromía con aves de corral. Lo felicito, don Felipe. Tiene usted una

hacienda primorosa. Mire usted. Las muchachas traen canastas bien repletas de huevos. Y esas gallinas blancas son enormes. ¡Qué multitud de gansos! ¡Cuidado con los puercos! Pueden morderte, Cándida. Dicen que hasta devoran a los niños. Ordeñen bien las vacas. No derramen la leche. No tumben esos mangos golpeándolos. ¿No ven que se apolisman? Vengan conmigo, síganme, dijo Felipe el cimarrón. Los bucaneros armaron sus trabucos y lo siguieron listos para el ataque.

Cuando a los prisioneros que llegaron de Coto los internaron en la escuela, ya no pudieron usar ese refugio para sus citas clandestinas.

Felipe le propuso a Cirila refugiarse en la iglesia a medianoche.

—¿Te acuerdas de la torre donde estaba la niña con Betín? Allí subidos, nadie va a vernos. Te esperaré esta noche, cuando nadie circule por las calles. Voy a estar escondido en la sacristía. Sé que, como la cerradura es vieja, no cierra bien. No tengas miedo si la puerta chirría. Tú sólo empújala. Yo voy a estar adentro.

A Cirila la acobardaba el miedo. Dios podía condenarla. Los goznes del gran portón chirriaron lúgubrementemente. Una mano invisible la haló hacia el antro oscuro y una voz misteriosa (¿la voz de Dios?) le dijo: Soy yo, pendeja.

La iglesia, a media luz, infundía pánico a Cirila. Las sombras, los murciélagos, las bujías encendidas, el eco de los menores ruidos.

Una mezcla de miedo, de religiosidad y de lascivia la hizo gozar con él sobre las bancas, en los reclinatorios y aun metidos en el confesionario.

Algunas veces, casi a la hora del alba, oían pasar junto a la iglesia a Cairote bien borracho silbando **yes we have no bananas**.

Felipe recordaba que su difunto abuelo Gancho Hermoso, al relatarle sus múltiples andanzas por pueblos atrasados del Istmo durante los horrores de la guerra civil, gozaba a mares repitiéndole la curiosa costumbre de un sereno que recorría la villa por las noches y a golpe de bastón salmodiaba de manera monótona:

—Son las doce y es hora del engendro.

X

Galletas de jengibre

Al salir de la cárcel, Chinino Barcia no quiso ir a la isla. Por eso se embarcó de vaporino. Pasó buen tiempo girovagando de uno en otro mar mientras la gente honrada le echaba tierra a su desfalco y a su fea reclusión. Sólo escribía de vez en cuando tarjetas con frases e imágenes de países lejanos. La hija, Leila, guardaba celosamente esas postales y soñaba con ilusorios viajes tras la huella del padre.

Cuando Chinino regresó enfermo a la isla ya Leila era una niña crecida que ayudaba al abuelo labrando por las noches tabacos para poder vivir y sobrellevar su ruina. Chinino se quedó en casa con ellos pero era un hombre al agua. Se emborrachaba con frecuencia; pronunciaba discursos en el atrio de la iglesia y amanecía dormido por diferentes sitios. Papa Chente no pudo soportarlo y lo expulsó de su casa. Como los panaderos trabajan de noche, Chinino, en tragos, se aficionó a charlar con ellos y como sistemáticamente se quedaba dormido en un rincón lo acogieron casi en calidad de sereno, de compinche y de huésped. Lo que más los animaba a ello era el respeto que le tenían a Papa Chente. La única responsabilidad que le confiaron a Chinino fue la obligación de encender el horno todas las tardes. Acomodaba dentro de él rajas de leña en forma de pirámide; ponía el debido combustible; encendía el fuego, esperaba hasta el grado de calor adecuado; luego, sacaba las cenizas con la ayuda de un rastrillo especial. Mientras llevaba a cabo esa faena sudaba a mares lo cual, según él mismo pensaba, le resultaba saludable. Debía tener el horno listo para cuando llegaban al caer la tarde los panaderos a preparar la masa de la primera hornada.

El ambiente caldeado de la panadería lo sofocaba. Ponía a secar la ropa sudada, se encerraba y se quedaba desnudo, cubierto apenas por una

toalla ceñida a la cintura. Recluido en aquella lóbrega y ardiente soledad lo invadía la nostalgia de sus viajes y de la gama de mujeres, diversas y exóticas, con las que tuvo afanes y ejercicios eróticos: rubias de los distintos puertos mediterráneos, malayas pequeñitas de Singapur, cimbreadas bailarinas de Honolulu, cariñosas niponas de Yokohama, misteriosas chinitas de Shanghai y enigmáticas árabes de Port Said. Las imágenes de sus cuerpos desnudos lo tentaban infundiéndole perversos, satánicos deseos.

La gente de la isla comenzó a murmurar. Se decía que Chinino, tras encender el horno, no sólo se bebía su pachita de aguardiente sino que a lo mejor fumaba marihuana. Otros aseguraban que había perdido la chaveta. Chiquillas y chiquillos sabían que cuando Chinino se embriagaba abría la puerta para que lo miraran desnudo y aun les mostraba su erectitud.

Cuando estaba excitado sonsacaba a los menores de edad a cambio de sabrosas galletas de jengibre. Algunos vivos aceptaban la ofrenda pero daban un brinco y escapaban. Siempre lograba acariciar a éste o aquella.

Esa tarde, Betín había logrado librarse de la precocidad de Carolín que, descalza, sin medias y sin ropa interior, se alzó la blusa para que él la mirara desnudita. Quería que él la tocara por aquí y por allá, pero Betín se escabullía pudoroso. No deseaba que su prima Milagro lo viera en arrumacos con Carolín.

Fue entonces cuando Betín vio que Chinino lo llamaba haciéndole señas desde la puerta de la panadería. Ingenuamente se aproximó para saber qué deseaba. Chinino lo hizo entrar; cerró la puerta y allí, al oscuro, cubierto apenas por su toalla ceñida a la cintura, sudoroso e iluminado por las llamas del horno cuya puerta no había cerrado aún, se le acercó febril y con el tufo hediondo a guaro le dijo:

—¿Quieres galletas de jengibre?

Betín captó la antífona e intuyó que algo raro le pasaba a Chinino.

—No me apetecen —dijo—. Ni me gustan ni tengo hambre de nada. Me dejas ir o grito.

Abrió la puerta cuya tranca pudo zafar rápidamente y, al salir, respiró hondo sintiéndose feliz como si hubiese salido del infierno.

Recordó que las tías estaban de oración en la iglesia. A esa hora Milagro acostumbraba bañarse y él la veía desnuda a través de las rendijas del baño.